

Servicio Apostólico Lasallista – Mérida



Cuando hablamos de servicio, abarcamos una gran cantidad de definiciones, pero cuando un lasallista habla de servicio va de la mano con Dios. No hay mejor regalo que estudiar en un lugar grandioso donde te preparan como persona, en donde te enseñan valores y te dan la posibilidad practicarlos en una experiencia como el SALME. Además, permite explotar cada uno de tus dones para así juntarlos con los otros muchos que tienen tus compañeros, que extraordinariamente pueden llegar a convertirse en algo más que simples compañeros, serán tus hermanos de misión. Aquellos que comparten día y noche, experiencia tras experiencia, junto a ti y te enseñan como convivir con ellos.

Cuando llegas a una zona rural a cumplir con tu misión te llena de entusiasmo el saber que harás y dejarás cosas allí que marquen para toda la vida, y simplemente no hay espacio en la maleta para meter todas aquellas que te atan a diario en la ciudad, y es lo mejor porque dejándolo todo atrás es cuando comienza el camino de una nueva historia. Te sientes tú mismo y sin barrera alguna para demostrarlo porque sientes el calor una familia unida, de una comunidad unida, que dejará todo de sí para llevar la Buena Nueva a hogares muy vacíos o incluso, en su mayoría, hogares llenos de fe, de amor de Dios.



Estando allí es cuando le tomas importancia a los dichos de tu tierra, como por ejemplo “Una sonrisa vale más que mil palabras”, porque por muy cansado de caminar o del trabajo del anterior, si una persona te sonrío luego de dejarle la Palabra o un abrazo, te sientes gigante y lo demás es simplemente indiferente.

Un misionero es un guerrero, por más traspies o piedritas en el camino, estará allí para servir a las personas y servir a Dios, porque “quien no vive para servir, no sirve para vivir”. Es siendo misionero cuando sientes a Dios realmente, lo sientes ahí contigo, escuchando la Buena Nueva; lo sientes ahí en el niño que nunca se despegó de ti desde que llegaste; lo sientes ahí en melancolía de un abuelo contándote que está solo, pero que Dios vive en su mente y en su corazón; lo sientes ahí en el párroco de la zona

cuando celebra la misa y lo sientes ahí cuando le das las buenas noches y los buenos días a tus hermanos de SALME.

Ser misionero llena de alegría y total calma. Al ser ese instrumento para llevar la Palabra, debes tener la mente muy abierta, porque puede que te encuentres personas que quieran escucharte, como otras que no, personas que te cierran la puerta de su casa, pero sin duda si te golpean coloca la otra mejilla, porque esos golpes día a día te hacen mejor.



Llegar a una comunidad se te hace realmente fácil, pero irse, verdaderamente, es demasiado difícil. Si piensas que cuando sales de la ciudad llevas la maleta llena, cuando regresas ya no sabes en dónde meter todo lo que te has ganado.

Ser misionero es una bendición, y tú puedes hacerlo, puedes hacer de esa aventura la mejor de tu vida. Entonces ¿Qué estás esperando para ser realmente feliz?

María José Flórez
Salme Jají 2015
Mérida – Venezuela

Lo anterior es el testimonio de una misionera que participó del SALME 2015 en Jají Estado Mérida, realizado desde -----. Ojalá estas historias se sigan multiplicando con cada una de nuestras experiencias de servicio en el Sector Venezuela. Pronto tendremos el SAL Nacional. Dios sigue tocando nuestros corazones. “Ser misionero es una bendición”.